

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Dominica XX despues de Pentecostés.

Domine descende prius quam
moriatur filius meus. JOAN. IV.
Señor, ven antes que muera mi
hijo.

Mientras el viajero camina á la luz de un sol alegre y esplendoroso, parece que no siente la fatiga, y sufre las molestias con alegría, y animoso acelera el paso con la esperanza de llegar en breve al término de su jornada; pero cuando la noche empieza á extender su negro manto sobre la tierra, tambien comienza á cubrir su frente un paño de tristeza, y á desfallecer su corazon animoso, porque cuando se viaja por caminos solitarios, la noche es de suyo triste, peligrosa y horrible. Somos viajeros que vamos de prisa, por caminos peligrosos, á un país del cual nunca se vuelve. Mientras el sol de nuestra vida resplandece con todo su brillo,

mientras gozamos de una salud completa, caminamos alegres y satisfechos, nos entregamos á los placeres sensuales, y apenas nos paramos á considerar el punto de partida, el camino, y el fin de nuestro viaje; pero cuando vienen sobre nosotros las sombras de la muerte, y postrados en el lecho del dolor advertimos que se cierran á nuestra vista todos los horizontes, cuando nos vemos sorprendidos por la noche de la eternidad, sucede á la risa el llanto, á la alegría la tristeza, á las diversiones mundanas los terrores de la conciencia y á los placeres y devaneos presentes los espantos de lo porvenir.

Quando suene en nuestros oídos la fatal sentencia; quando se nos diga que se acerca la hora suprema, y que es preciso partir en breve, y partir para la eterni-

dad; cuando se nos anuncie como al rey Ezequías que está ya firmado el decreto de nuestra muerte, todo será llanto y gemido, confusión y terror en nuestro pobre corazón porque á decirlo con un filósofo no hay cosa más terrible que la muerte. *Mors terribilium omnium terribilissimum est.* Con todo decía de sí el profeta coronado: *Aunque anduviere en medio de las sombras de la muerte no temeré los males* (1) que suelen ser su cortejo. Si la muerte es de suyo tan terrible, ¿cómo es que David no la teme? Venga, dice, venga sobre mí la muerte con sus tinieblas, con sus espantos, con sus terrores, que yo no la temeré. ¿Por qué? Porque tú, ¡oh Dios mío! estás conmigo. *Quoniam tu mecum es.* Hé aquí lo que hace al hombre confiado, animoso, impávido ante los males de la muerte: la presencia de Dios. Por eso dice Belarmino (2) que el amor de Dios y su presencia soberana engendra en el corazón de los buenos una serenidad y confianza increíbles en presencia de la muerte porque saben que está con ellos el Señor de la vida y de la muerte á cuyo poder nada se resiste. Así pensaba el Régulo del Evangelio, y por tanto pidió

y obtuvo del Salvador la gracia de que viniese á honrar su morada con su divina presencia, pues tenía un hijo enfermo de muerte. Señor, le dice con acento lastimoso, ven, desciende á mi casa, antes que muera mi hijo. Ejemplo nos dá este hombre para que cuando se acerque nuestra última hora, procuremos con la mayor diligencia que Jesucristo venga á nuestra morada para que nos proteja, nos ayude y nos conforte contra los asaltos de la muerte, y las asechanzas de nuestros enemigos. Entendeis que me refiero á la utilidad y necesidad de recibir la santa Eucaristía por modo de viático en las enfermedades que ponen en grave peligro nuestra vida. El primer cuidado del enfermo ha de ser invitar á Jesucristo Sacramentado, y pedirle con suplicante y fervoroso acento que se digne venir á su morada y consolarle con su divina presencia. Y han de imitar al Régulo del Evangelio los deudos del enfermo, y los médicos de cabecera procurando que á su debido tiempo se le administren los Santos Sacramentos, pues de lo contrario, se hacen culpables de gravísimo pecado. Entiéndase cuán tremenda responsabilidad contraen si por respetos humanos, por negligencia,

(1) Psal. XXI.
(2) In Psal. cit.

por no alarmar al enfermo, ó por cualquiera pretexto siempre frívolo y despreciable contribuyen á la perdición eterna de una alma que ha costado la sangre de un Dios. Al efecto expondré los bienes temporales y espirituales que arrebatan al enfermo y los daños irreparables que le causan si por culpa suya fallece sin los auxilios de la Religión, y especialmente sin la visita y recepción del Santo Viático.

¿Es cierto que la recepción del Santo Viático va acompañada de bienes inestimables, tanto corporales como espirituales? Por ventura no ha sido instituida la sacramentalísima Eucaristía única y exclusivamente para procurar la salud, la fuerza y el consuelo espiritual de los hombres?

¿Y no es verdad que á la ciencia médica corresponde la obra de procurar la salud corporal de los enfermos? Déjese, pues, á la ciencia el Sacerdocio de los cuerpos, y conténtese la Religión con el Sacerdocio de las almas.

Así habla la ignorancia, auxiliada por la impiedad. Pero ¿qué dicen la razón y la fé?

Z. M.

(S. c. continuará.)

VARIEDADES.

La cruz del bosque.

Candorosas y tiernas leyendas de los antiguos tiempos, ¡cuán gratas sois al alma! Sois como las humildes violetas de los campos que perfuman el ambiente; sois como el rayo del sol primaveral, que todo lo fecunda y embellece.

Cuando yo era niña, sentada en el amoroso regazo de mi madre, cruzadas las manos sobre el pecho, fijos mis ojos en sus ojos, recogí de sus labios esta sencilla leyenda.

Primitiva contaba apenas cinco años; era la hija de un leñador, que tenía á su cargo la guarda de un bosque; bosque secular que se alza todavía en la cima de los alpes. Primitiva no era bella; corría descalza sobre las piedras del camino, entregando al viento su rubia melena destrozada; pero era creyente y pura, y tenía suma devoción á la cruz bendita, símbolo del Salvador divino. Sentada sobre un ribazo, mientras guardaba sus cabritas, tejía guirnaldas de silvestres flores para engalanar la cruz de madera que velaba sus sueños infantiles.

Con las ramas de los árboles formaba toscas cruces, que iba plantando en todos los ángulos del camino, marcando así cada uno de sus pasos.

Un día la desgracia tendió sobre ella sus negras alas. Una enfermedad contagiosa, que asolaba los vecinos pueblos, la arrebató instantáneamente á sus padres. Por la noche, cansada de gemir, se recostó sobre una piedra en la mitad del bosque y se durmió para ir á despertar entre los ángeles.

Al día siguiente, cuando los aldeanos atravesaron el bosque, vieron que al lado del insepulto cadáver se alzaba una enhiesta cruz, á cuyo pié descollaban multitud de flores de una belleza desconocida. ¿Quién había plantado allí la enseña del cristiano? ¿Quién había fecundado en una sola noche aquellas flores de tan peregrina hermosura?

Los sencillos aldeanos creyeron que habían sido los ángeles, hermanos de Primitiva, y dando sepultura en aquel sitio á su cuerpo, murmuraron la palabra *milagro*, que se fué repitiendo de boca en boca, que se fué perpetuando de siglo en siglo.

Desde entonces no hay un niño que atraviese el bosque, que no suspenda ramos y guirnaldas de flores de la cruz bendita: no hay madre que no confie á la milagrosa cruz la salud y la ventura de sus hijos.

¡Solitaria cruz del bosque que estás hace tantos siglos con los brazos abiertos brindando amparo á los que sufren! ¡cuántos peregrinos, fatigados de la vida, se habrán sentado á tu sombra! ¡cuántos habrán depositado á tus piés la pesada carga de sus penas!

La cruz que el sacerdote traza sobre nuestra frente al nacer, nos acompaña durante nuestra peregrinacion sobre la tierra, para cobijarnos despues en la desamparada sepultura. Se acerca el tiempo, aniversario de aquel en que se cumplieron las sagradas profecias, en que Jesucristo, al espirar sobre el árbol santo, dió al mundo su ley de paz, de amor y de perdón; adorable ley, que convertia en hijos de Dios á sus verdu-

gos! Abrazáos á la cruz los que careceis de bienes terrenales, los que sentís el corazon atribulado por las pasiones mundanas; abrazáos fuertemente á la cruz, vosotras, almas piadosas que deplorais los males que nos acercan; regadla con vuestras lágrimas, adoradla, enaltecedla, plantadla, como Primitiva en todos los ángulos del camino, para que sirva de guía á los extraviados para que, obrándose otra vez el milagro, broten á sus piés flores de virtudes que purifiquen el mundo con su balsámico aroma.

ANGELA GRASSI.

EL PANADERO.

(CUENTÓ.)

I.

Nací en aquella parte de la herencia de nuestros antiguos reyes, llamada hoy departamento de l'Aisne, y que se decia en otro tiempo la isla de Francia; mis padres habitaban una pequeña quinta situada en medio del bosque de Villers Cotterets, llamada Fleury. Antes de mi nacimiento, habían tenido mis padres cinco hijos, tres varones y dos hembras; todos habían muerto. De ello resultó que, al verse mi madre en cinta de mí, hizo voto de llevarme vestido de blanco hasta la edad de siete años, y mi padre prometió una peregrinacion á Nuestra Señora de Liesse.

Gracias á este doble voto, me vi exento de todos los accidentes de la niñez, y cuando llegué á tener uso de razon, fue-se resultado de la educacion religiosa que recibiera, ó bien influencia del hábi-

to, me sentí impulsado hácia el estado eclesiástico.

Después de haber cursado en el seminario de Soissons, me ordené en 1730, y fui enviado de Vicario á Etampes. Dios quiso que fuera agregado á la Iglesia de Etampes que está bajo la advocacion de Nuestra Señora.

En esta Iglesia, uno de los maravillosos monumentos que la época romana ha llegado á la Edad Media, mi habitacion era Nuestra Señora; allí vivia, allí pensaba, allí rezaba. Solo iba á la casita que me destinaron, á comer y á dormir.

Y aun muchas noches no dejaba yo mi hermosa y querida basilica hasta las doce ó la una dadas.

Los alrededores de Etampes se veian assolados á la sazón por las hazañas de un terrible bandido que todo lo devastaba, pero en particular las iglesias: llamábase el PANADERO.

Lo que mas atrajo mi atencion en los hechos de aquel malhechor, fué que su mujer, que vivia en un arrabal de Etampes, era una de mis mas asiduas penitentes. Honrada y digna mujer, para la que era un remordimiento la existencia criminal de su marido, y que creyéndose responsable ante Dios, como esposa, pasaba su vida rezando y confesándose, esperando atenuar con sus santas obras la impiedad de PANADERO.

Veinte veces habia sido arrestado y conducido á la cárcel; pero casi siempre, la segunda ó tercera noche, hallaban vacío su calabozo: como no podia darse cuenta de aquellas evasiones, decíase que habia encontrado la yerba que corta el hierro.

Algo de extraordinario habia en aquel hombre. Confieso que solo pensaba en él cuando su pobre mujer iba á confesarse conmigo confiándome sus terrores y pidiéndome consejo.

Entonces, le aconsejaba emplear toda su influencia sobre el infeliz para llevarle á buen camino; pero la influencia de la pobre mujer era bien débil por cierto, y no le quedaba mas que el eterno recurso de gracia que abre la oracion para con el Señor.

II.

Acercábanse las fiestas de Pascua de 1873. Durante el dia habia oido yo gran número de confesiones, y hácia las ocho de la noche me habia sentido de tal manera fatigado, que me quedé traspuesto en el confesonario.

El sacristan me habia visto; pero conociendo mi costumbre, y sabiendo que tenia en el bolsillo una llave de la puerta de la Iglesia se marchó: lo que aquella noche sucedia, habia sucedido ya cien veces.

Dormia, pues, cuando en mitad de mi sueño sentí resonar como un doble ruido: la vibracion del martillo de bronce dando las doce, y el rumor de unas pisadas sobre las baldosas.

Abrí los ojos y me disponia á salir del confesonario, cuando el resplandor de la luna filtrado á través de una de las vidrieras, me hizo ver á un hombre que pasaba.

El nocturno visítador se encaminó hácia el presbiterio. Paróse llegando allí, y oí á los pocos instantes el seco ruido del eslabon al chocar con el pedernal; vi luego brillar chispas, encendióse un pedazo

de yesca, y no tardó una pajueta en ir á fijar su luz errante en el pábulo de una de las velas del altar.

A la luz de esta vela pude entonces distinguir fácilmente á un hombre de mediana estatura, que llevaba colgadas del cinto dos pistolas y un puñal, de rostro mas bien sarcástico que terrible, y que, abarcando con una mirada investigadora toda la extension de la circunferencia iluminada por la vela, pareció completamente tranquilizado con este exámen.

Luego sacó de su bolsillo, no un manojo de llaves, sino un haz de ganzúas, y con ayuda de una de ellas abrió el sagrario, sacando primeramente el copon, magnífica copa de plata antigua, cincelada en tiempo de Enrique II: despues un mazizo viril que habia sido regalado al pueblo por la reina María Antonieta.

Como no contenia mas el sagrario, volvióle á cerrar cuidadosamente, y se puso de rodillas para abrir una urna que habia en la parte inferior del altar.

Encerraba esta urna una Virgen de cera adornada con una corona de oro y de diamantes, y cubierta con un vestido bordado de piedra preciosas.

A los cinco minutos la urna, cuyas portezuelas de cristal hubiera podido el ladron romper, se hallaba abierta como el sagrario por una de las ganzúas, cuando, para impedir semejante robo, sali del confesonario y me adelanté hácia el altar.

El ruido que hice abriendo la puerta obligó al ladron á volverse. Inclínose hácia el lado donde yo estaba, y trató de sondear con la vista las lejanas sombras

de la Iglesia; pero el confesonario se hallaba fuera del alcance de la luz, de manera que realmente no me vió, hasta que entré en el círculo iluminado por la trémula llama de la vela.

Al ver á un hombre, el ladron se apoyó en el altar, sacó una de las pistolas de su cinto y apuntó.

Pronto, empero, pudo convencerse por mi hábito talar, de que solo tenia enfrente un sacerdote inofensivo, sin mas escudo que la fé, ni mas arma que la palabra.

A pesar de su amenaza, adelantéme hasta las gradas del altar. Estaba yo plenamente convencido de que, si disparaba, ó fallaria la pistola ó se desviaria la bala; tenia la mano sobre mi medalla y sentíame completamente protegido por el amor de la Santísima Virgen.

La tranquilidad del Vicario pareció hacer mella en el bandido:

—¿Qué quereis?—me dijo, esforzándose en afectar tranquilidad.

—¿Eres el Panadero?—le pregunté.

—¿Y quién sino yo, se atreveria á entrar solo en una Iglesia?

—Pobre pecador endurecido, que te enorgulleces de tu crimen,—le dije; ¿no comprendes que no apartándote de la senda que has emprendido, pierdes no solamente tu cuerpo, sino tambien tu alma?

—¡Bahl!—dijo, mi cuerpo le he salvado ya tantas veces, que espero salvarle una vez mas; y en cuanto al alma...

—¿Qué?—¡en cuanto á tu alma!

—Es negocio de mi mujer; mi mujer es santa por los dos, y salvará mi alma con la suya.

—Tu mujer es, en efecto, una santa

que, de fijo moriria de dolor si cometieras este crimen.

—¡Hola! ¡hola! ¿y creéis que moriria de dolor mi pobre mujer?

—Estoy seguro.

—¡Toma! conque voy á enviudar;— continuó el bandido, soltando una carga y extendiendo la mano hácia los basos sagrados. Pero yo subí al altar y le detuve.

—No,—le dije, porque no cometerás semejante sacrilegio.

—¿Y quién me lo impedirá?

—Yo.

—¿Por la fuerza?

—No, por la persuasion. El Señor no ha enviado á la tierra sus ministros para que se valgan de la fuerza, que es recurso humano, sino de la persuasion, que es virtud celeste. No, amigo, mio, no cometerás semejante sacrilegio, y no lo digo por la Iglesia, que puede ciertamente comprar otros vasos sagrados, sino por tí, que no podrias purgar tal pecado.

—Toma! ¡toma! ¿y creís vos que sea este el primero?

—No; ya se que es décimo, el vigésimo, el trigésimo quizá, ¿pero qué importa? Hasta aquí tus ojos estuvieron cerrados, y esta noche se abrirán. ¿No has oido decir nunca que existió un hombre llamado Saulo, que guardaba las capas de los que apedrearon á San Esteban? Pues bien, ese hombre tenia los ojos cubiertos de escamas, segun dice él mismo: un dia las escamas cayeron de sus ojos; vió y fué despues San Pablo. ¡Si, San Pablo!.... ¡el grande, el ilustre San Pablo!

—¿Pero decidme, señor cura, San Pablo no fué degollado?

—Si.

—Pues ¿de qué le sirvió entonces ver?

—Le sirvió para convencerse de que á veces la salvacion está en el suplicio. San Pablo ha dejado un nombre venerado en la tierra y goza de la beatitud eterna en el cielo.

—¿A qué edad se convirtió San Pablo?

—A los treinta y cinco años de edad.

—He pasado ya la edad: tengo cuarenta.

—Siempre es tiempo de arrepentirse. Jesús decia en la cruz al mal ladrón: una palabra de arrepentimiento y te salvo.

—¡Parece que aprecias mucho la plata!

—No, lo que aprecio es tu alma que quiero salvar.

—¡Mi alma! ¡para el bobo que te crea!

—¿Quieres que te pruebe que lo que me interesa es tu alma?

—Si.

—¿En cuanto estimas el robo que esta noche vas á cometer?

—¡Psé!.... en mil escudos,—exclamó el bandido, mirando el copon, el viril y las joyas de la Virgen.

—¿En mil escudos?

—Bien se que vale el doble: pero será preciso perder al menos las dos terceras partes. ¡estos diablos de judíos son tan ladrones!

—Ven á mi casa

—¿A tu casa?

—Si,—sígueme. Tengo allí una suma de mil francos, y te la entregaré á cuenta.

—¿Y los otros dos mil?

—Los otros dos mil, te prometo, á fé de Sacerdote, que iré á mi país; mi madre tiene algunos bienes, venderé tres ó cuatro fanegas de tierra para reunir los otros dos mil francos, y te los daré.

—¡Si, ya! para darme una cita y hacerme caer en un lazo!

—Tú no crees lo que dices,—dije extendiendo hácia él la mano.

—¡Bueno! es verdad, no creo en ello,—dijo con aire sombrío. Pero y tu madre, ¿es rica?

—Mi madre es pobre.

—¿Entonces quedará arruinada?

—Cuando ella sepa que al precio de su ruina he salvado un alma, me vendirá. Por otra parte, si tiene necesidad, vendrá á vivir conmigo, y nunca faltará para los dos.

—Acepto,—dijo. Vamos á tu habitación.

—Bueno, pero aguarda.

—¿Qué?

—Vuelve á dejar en el Sagrario los objetos que has sacado, y ciérralos con llave.

El bandido frunció las cejas, como hombre á quien invade la fé á pesar suyo; volvió á colocar los sagrados vasos en el Sagrario, y lo cerró con el mayor cuidado.

—Vamos,—dijo.

—Haz primero la señal de la cruz.

—Una mueca burlona se dibujó en su cara; pero de pronto se contuvo, y después hizo la señal de la cruz.

—Y ahora,—le dije, sígueme.

Salimos por la puerta pequeña, y no tardamos cinco minutos en estar en mi casa.

Durante el camino, por corto que fuese, parecía muy inquieto el bandido, mirando á su alrededor, y temiendo no le hiciera yo caer en una emboscada.

Al llegar á mi casa detuovose junto á la puerta.

—¿Y los mil francos?—me preguntó.

—Aguarda, respondí.

Encendí una bujía, abrí un armario y tomé un saquito.

—¡Ahí lo tienes,—le dije. Y le entregué el saco.

—¿Y cuándo me darás los otros dos mil?

—Te pido seis semanas de plazo.

—Está bien; te concedo las seis semanas.

—¿A quién se los daré?

—El bandido reflexionó un instante.

—A mi mujer,—dijo.

—Bien está.

Bajo condición de que no ha de saber ni de dónde viene ese dinero, ni cómo lo he ganado.

No lo sabrá ella ni nadie. ¿Y me prometes tú á la vez no intentar jamás nada contra Nuestra Señora de Etampes, ni contra otra cualquier Iglesia bajo la abrogación de la Virgen?

—Jamás.

(Continuará.)

MISA Y OFICIO

La Misa y Oficio propios de la Santísima Virgen del Rosario, con la autorización del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo, elegantemente impresos en excelente papel y con rúbrica encarnada, se remiten francos de porte por cincuenta céntimos de peseta.

La Misa sola 25 céntimos.

El Rezo solo 35 id.

Háganse pronto los pedidos á fin de que puedan servirse antes de la festividad de Nuestra Señora.

Centro Católico, Lain-Calvo, 16.

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.